

de la demanda de recursos energéticos, la aceleración de los posibles cambios en el clima, la excesiva aglomeración de visitantes poco respetuosos en épocas críticas para las especies, etc. deben vigilarse con atención para que no ocurra como en la famosa frase: "También se puede morir de éxito".

En otros territorios lejos de Monfragüe, que no son parque, ni tienen figura oficial de protección, o sí la tienen pero es igual, la naturaleza, los animales, la vegetación, los paisajes, siguen amenazados por la codicia humana.

El poder de transformación y destrucción es hoy, debido a los avances técnicos, mayor que nunca; y se amañan informes de impacto ambiental, se sigue envenenando en los cotos de caza, se emplean sin control todo tipo de productos químicos en la agricultura, se contaminan el aire y el agua más que nunca, se recalifica el suelo y se urbaniza y se construye y se prometen campos de golf aunque no haya ni un mísero regato para abastecerse, se protesta

porque alguien pretende que no se emponzoñe más el campo y los humedales con plomo, etc., etc... Pero el homo sapiens es tan arrogante que no quiere enterarse de que no es el rey de la creación sino una especie más que sufrirá las consecuencias (los humanos más pobres ya las sufren, y muchas otras especies también) de un desarrollo desmedido que esquilma los cada vez más limitados recursos a la vez que se expande demográficamente a enorme velocidad.

¿Será alguien capaz de mentalizarnos para cambiar usos y costumbres en nuestras vidas cotidianas para reconducir nuestra relación con el medio que nos mantiene vivos?

Quizá sea una ingenuidad, pero la verdad es que, a veces, se echa de menos a Félix., porque con todos los defectos que tuviera, hablaba claro con un mensaje que llegaba a las mentes y a los corazones... y es ahí donde anidaban los resortes que un día salvaron Monfragüe.

Juanjo, Isabel y Víctor



Asociación LA FACENDERA – Zamora, 64 (Ateneo) – Teléf.:661 60 04 15. - 37002 Salamanca

<http://www.lafacendera.com> ... de de 2008

MONFRAGÜE: DE LA DESTRUCCIÓN AL PARQUE NACIONAL

Parece mentira, pero es así: los territorios que hoy conforman el Parque Nacional de Monfragüe y toda la riqueza natural que albergan, y más aún, albergaban, estuvo a punto de desaparecer para siempre en aras de eso que llaman progreso y desarrollo. En las décadas de los años sesenta y setenta del pasado siglo XX inundaba los montes y campos españoles una fiebre "re pobladora". Esa palabra ("re población") era comúnmente aceptada por la mayoría de los ciudadanos como una restauración de la vegetación que se había perdido por los incendios y las talas. Además se quitaba mucha "maleza" para convertirla en "bosques"; se creaba empleo en las labores forestales, se

aireaban muchas otras de sus virtudes y se publicaban estadísticas que reflejaban los miles de hectáreas repobladas. Fue una operación a escala nacional que tuvo en el medio natural una repercusión enorme. La parte negativa, que no se aireaba ni se publicaba, era que aquello no era una repoblación, es decir una restauración de las especies vegetales autóctonas que se hubieran perdido, sino una inmensa siembra de monocultivos de especies de crecimiento rápido para alimentar industrias madereras y papeleras fundamentalmente. Sin entrar en más detalles diremos que las dos especies que protagonizaron estos inmensos cultivos fueron los pinos (varias especies) y los euca-

liptos. En la inmensa mayoría de los casos antes de plantarlos se araban o aterraban los campos y laderas de los montes para facilitar la plantación y su posterior tala; esta labor implicaba la construcción de una gran red de cortafuegos y pistas que cual trallazos descarnaban y trazaban una cuadrícula ocre o parda sobre las sierras.

La valoración, incluso económica, de lo que la naturaleza encerraba se hacía por baremos que hoy no dudaríamos en calificar, como mínimo, de sospechosos. Pero así funcionaba aquella máquina de arrasar la vegetación y todo lo que contenía: aterrizar, alinear y plantar árboles que crecieran rápido para que la insaciable industria los pudiera consumir. Este era, con todos los matices que queramos, el planteamiento general.

En aquellos años, a la vez que se destruía, también comenzaba a instalarse en la sociedad una semilla de respeto, valoración y conservación de la naturaleza. Las voces de Castroviejo, Valverde, Hiraldo y otros muchos

científicos clamaban ya por un cambio de políticas y por la detención de la destrucción. En otro ámbito, menos científico pero que llegaba a infinidad de bares y hogares españoles, Félix R de la F ponía su voz, su poder de seducción, su rotunda convicción y su pasión al servicio de un cambio de mentalidad orientado a una valoración totalmente distinta de nuestro patrimonio natural. Empezaba lentamente a inclinarse la balanza a favor del viejo buitre negro que ocupaba una encina centenaria en la solana de una sierra perdida. Al enemigo público número uno de los campesinos y ganaderos: el lobo, se le comenzó a mirar con otros ojos; o al menos, dejó de ser el eterno malo, el asesino sediento de sangre con el que se metía miedo a los niños. Incluso los cazadores, para quienes las águilas y “alimañas” eran las únicas culpables de que no pudieran disparar a “sus” conejos o a “sus” perdices, tuvieron que reconocer (a regañadientes) el papel beneficioso y regulador de los predadores en los ecosistemas.

Monfragüe no se salvó de esta vorágine destructora. Tal como

apuntamos en otro boletín de una excursión anterior “paradójicamente el pórtico de entrada al santuario del monte mediterráneo es un gran eucaliptal”. Pocos naturalistas conocían en el último tercio del siglo XX estas sierras. Aparte de carboneros, corcheros, cazadores, cabreiros, trashumantes y otros pobladores de sus casetas, dehesas y alquerías, estas espesuras no eran apenas visitadas por “locos” que venían a ver y contar pájaros. Pero los pocos que las frecuentaban sabían del inmenso valor que se atesoraba en sus sierras, en sus roquedos, en sus valles, y un día vieron con horror cómo las excavadoras arrasaban sin contemplaciones las manchas de matorral, las encinas, los alcornoques y el propio suelo que quedaba removido y a merced de la erosión. Mucho hubo que trabajar para dar a conocer la barbaridad que se estaba haciendo, para luchar contra intereses muy poderosos, para llegar a altas instancias que finalmente detuvieron los –sin metáfora- caballos

de Atila, detrás de cuyas cadenas y orugas quedaba todo destruido. A todos los que emplearon su tiempo, su esfuerzo, su dinero, su entusiasmo, debemos agradecerles que lo hicieron porque en esto, como en otros aspectos de la vida, las cosas no se mueven solas, las luchas por avanzar tienen que tener protagonistas; y el flamante parque que hoy disfrutamos seguramente no existiría si alguien no se hubiera opuesto decididamente a su destrucción.

A partir de aquel momento llovieron las figuras de protección sobre estos terrenos: ZEPA, ZEC, LIC, Reserva de la Biosfera, Parque Natural (4-abril-1979) y finalmente Parque Nacional (2-marzo-2007).

Hoy, de manera regulada, podemos disfrutar de todo lo que encierra Monfragüe. Pero no olvidemos que aunque las agresiones directas se han conjurado, acechan sobre estos territorios (y sobre muchos otros) amenazas a veces más sutiles y menos llamativas que una excavadora arrancando encinas. El aumento de la población y